



EMMA MADDEN

KYLE

CUARTO LIBRO DE LA
SERIE ESCOCESES

KYLE

Cuarto libro de la Serie Escoceses

EMMA MADDEN

—Solo vamos mis padres y yo desde Escocia, allí ya están Andy y Duncan con sus familias, nadie más. Será una boda muy íntima, ya sabes cómo es Ewan.

—Vale, Kyle, pero dile que mis padres y yo le mandamos un abrazo. Como no tenemos su teléfono, pues...

—Por supuesto, primo, no te preocupes, y cuando volvamos haremos una celebración en condiciones, yo me ocuparé.

—Eso espero. Adiós y buen viaje.

—Gracias, adiós.

Le colgó a Sam, que como otros muchos miembros de su familia estaban alucinando con la novedad de que Ewan se casara en Australia de la noche a la mañana, y entró en la zona de vuelos privados mirando la hora. Llegaba con dos minutos de retraso, así que corrió por los pasillos hasta la pista y de allí directo al avión privado de MacIntyre Enterprise, es decir, de la empresa de su hermano, que había aterrizado la tarde anterior en Edimburgo para llevarlos a sus padres y a él directamente a Sydney, donde Ewan y su novia, Mary Norfolk, habían decidido casarse en medio de sus vacaciones de año nuevo.

Según les había contado exultante por teléfono, Mary estaba embarazada de diez semanas y, aunque llevaban viviendo juntos solo seis meses, había logrado convencerla para casarse antes de regresar al Reino Unido, y eso harían en la más estricta intimidad, como les apetecía a los dos.

De ese modo su hermano mayor, el soltero de oro más empedernido del planeta, estaba a punto de sentar la cabeza oficialmente, porque al fin había encontrado a la horma de su zapato, a la mujer perfecta, algo que se merecía muchísimo, porque era un tío estupendo y todos estaban felices por él, y por supuesto también por ella, que era una chica increíble.

Desde que había entrado en su vida, pensó, Ewan era otra persona, por eso todos la apreciaban tanto, y por eso también estaban encantados de que fuera a convertirlo en padre, lo que parecía ser el broche de oro perfecto para una historia de amor tan intensa como la suya.

—Hey, ya estoy aquí.

Entró en el jet a la carrera y miró a sus padres, que ya esperaban en sus respectivos asientos, y a su lado localizó una figura completamente inesperada, la de una chica joven y morena, muy guapa, que primero le sonrió, aunque casi en seguida frunció el ceño sonrojándose hasta las orejas.

—Hola, hijo, esta es Anne, la hermana pequeña de Mary. Es médica de urgencias en el Saint Thomas Hospital de Londres, ¿sabes?

—¿Otra chica de Londres? —preguntó en tono de broma y ella parpadeó.

—¿Tú eres el hermano de Ewan?

—Sí, ya era hora de que nos conociéramos. Gracias —sonrió a la azafata, le entregó sus cosas y luego se desplomó al lado de la doctora mirándola de reojo—. ¿O ya nos conocíamos?

—¿Tú eres Kyle?

—Eso creo.

—La pobre ha tenido que conseguir un permiso a la carrera para poder ir a la boda —intervino su madre—. Ahora a ver si descansamos un poco, porque nos esperan como mil horas de vuelo.

—Veinticuatro horas exactamente —intervino su padre desde detrás del periódico—. Aunque dentro de nueve haremos una escala en Catar.

—¿Te has tomado tu medicación? —preguntó él a su madre besándole la mano y ella movió la cabeza.

—Sí, si seguro que consigo dormir como un bebé, tu padre también se tomará algo para relajarse.

—Yo con un buen whiskey escocés me relajo —gruñó su padre mirándolos de reojo—. No pienso tomarme nada.

—Ok, pues ya despegamos.

Respiró hondo, como siempre hacía cuando un avión alzaba el vuelo, y observó de reojo a Anne Norfolk, que estaba pendiente de la ventanilla y del paisaje de Edimburgo desapareciendo bajo sus pies. La calibró de arriba abajo y determinó que lo de la belleza debía ser algo de familia porque, aunque era muy diferente a Mary, también era guapísima.

—Pareces muy joven para ser médico.

—¿Tú crees?, tengo treinta y dos años, no soy tan joven. ¿Tú qué edad tienes?

—Acabo de hacer los cuarenta.

—Ah...

Giró la cabeza para no mirarlo y él decidió callarse y cerrar los ojos hasta que apareció la azafata ofreciendo un tentempié. Le sonrió y le dio las gracias preguntándose si no había tenido alguna vez algo con ella, porque llevaba unos años en que no sabía ni a quién conocía ni a quién se llevaba a la cama, aunque abundaban las azafatas que solían estar de paso, y decidió rápido que no, porque no era para nada su tipo.

—Me han contado que llevas el club de Duncan Harris en Edimburgo —le preguntó de pronto Anne Norfolk y él asintió.

—Así es, ¿lo conoces?

—¿Siempre has trabajado en Edimburgo?

—No, también he trabajado en Londres, en Nueva York, en Boston, Portofino, Ibiza... pasé muchos años viajando y trabajando fuera hasta que decidí volver a Escocia.

—¿Echabas de menos la tierra?

—Eso siempre, pero principalmente fue porque me casé.

—Ah, ¿estás casado? —preguntó con un leve retintín y él negó con la cabeza.

—No, divorciado, solo duró un par de años.

—Vaya, lo siento.

—Yo no.

Se echó a reír, porque siempre bromeaba sobre el tema, aunque hacía tres años a punto había estado de caer en el

abismo absoluto por culpa del dichoso divorcio, y miró a sus padres, que estaban leyendo juntos el periódico, antes de volver a prestar atención a Anne Norfolk, que lo observaba muy atenta.

—¿Tu ex es escocesa?, ¿modelo? —volvió a preguntar directamente y él respiró hondo.

—Sí, ¿por qué?

—Por nada, supongo que me lo habrá comentado mi hermana.

—Cuando conocí a Mary ya me había divorciado.

—Ya, a ella se lo habrá contado Ewan.

—¿Ewan?, pues...

—Tenemos ternera y pollo para la comida —interrumpió la azafata—. También hay menú vegetariano y vegano. Comeremos dentro de una hora.

—Gracias —respondieron sus padres y él volvió a mirar a Anne con atención, porque no entendía mucho esa actitud un poco belicosa que tenía.

—También disponemos de una suite en la parte trasera y... —siguió hablando la auxiliar hasta que su padre la interrumpió.

—Lo sabemos, cielo, no te preocupes, ya hemos viajado muchas veces en este avión. Tú siéntate y descansa.

—Muy bien, si necesitan algo estoy ahí mismo.

—Gracias.

Kyle estiró las piernas mirando a la azafata, que le sonrió coqueta desde su sitio junto a la cabina del piloto, y volvió a cerrar los ojos pensando en todo lo que aprovecharía de hacer en Sydney durante una semana. Allí tenía muchos amigos, y una amiga especial que se había vuelto loca de felicidad cuando la había llamado para avisarle que iba camino de Australia.

Ewan y los chicos, Andrew y Duncan, sus dos mejores amigos, habían alquilado una villa espectacular a la orilla del mar para empezar el año bajo el sol. Había sitio para toda la familia allí, le habían dicho, pero él había decidido reservar una habitación en un hotel de Sydney para tener más independencia y poder vivir la vida loca durante unos días.

Llevaba sin vacaciones una eternidad y el descanso le vendría de maravilla, así que en cuanto se celebrara la boda y todo eso, pensaba largarse para hacer surf y desconectar de todo. Sobre todo del rollo familiar, porque entre Andy y Duncan sumaban cinco niños menores de cinco años y los apreciaba muchísimo, pero no los soportaba durante demasiado tiempo.

—¿Cuánta capacidad tiene este avión? —preguntó en voz alta Anne haciéndolo saltar y su padre se apresuró a responder.

—Dieciséis pasajeros más tres miembros de la tripulación.

—Es inmenso.

—Y con dos motores Rolls-Royce. Es una joya.

—Creo que voy a ir a inspeccionarlo un poco.

Se puso de pie, lo esquivó sin dirigirle la palabra y se largó a la parte trasera para sentarse en una de esas butacas que daban la espalda a las suyas. Él parpadeó un poco perplejo y miró a su madre, que también encogió los hombros sin entender nada.

—¿He hecho algo malo? —le preguntó en un susurro y ella negó con la cabeza.

—Tú sabrás —masculló su padre—. ¿A quién has dejado a cargo del club?

—A Cindy.

—Buena chica.

—Lo es.

Los dos asintieron y él se cambió al asiento de la ventanilla para apoyar la cabeza en el cristal e intentar dormir un poco. No se había acostado, había pasado la noche en blanco, necesitaba un sueñecito antes de comer y seguir relacionándose con sus compañeros de viaje, entre ellos la peculiar hermana de Mary, que desde luego no parecía ser la más simpática de las criaturas.

1

—¿Te has acostado con él?!

Exclamó muy sorprendida y Carol asintió haciéndola callar, la empujó dentro del cuarto de baño y cerró la puerta con cuidado.

—¿Qué pasa?, tampoco es para tanto.

—¿Qué no es para tanto?. Cualquiera día aparece su mujer para partirte la cara o algo peor...

—¿Qué puede ser peor?

—¿Despedirte?, ¿matarte a turnos ridículos y arbitrarios?. Es nuestra jefa de personal, por Dios santo, tía, estás pirada.

—Es que es tan guapo —le dijo con tono de adolescente enamorada y se abrazó al móvil—. Es adorable y le gusto mucho, muchísimo, lleva veinte años casado y lo suyo ya no funciona.

—Pues que arregle sus asuntos personales y luego venga a buscarte. Esto es absurdo, Carol, en serio, no te entiendo.

—Eres muy rígida, Anne, no todo es blanco y negro, y Robert es adorable, tú no lo conoces.

—Solo sé que no me gusta la gente infiel, ni desleal, porque por norma mienten más que respiran.

—Robert no es así.

—Robert se ha tirado y se sigue tirando a medio hospital, Carol, pero, bueno... tú haz lo que quieras. Me voy, he quedado a comer con mi hermana.

—La gente cambia.

—No, cariño, la gente no cambia, pero tú misma, ya eres mayorcita. Adiós.

Salió del baño mirando la hora y comprobó que llevaba casi treinta horas despierta. Acababa de cerrar un turno de veinticuatro horas y solo quería tirarse en la cama y descan-

sar, pero sabía que el estrés se lo impediría, por lo tanto, había optado por ir primero a comer con Mary, luego cogería un taxi camino de Hampstead, se encerraría en casa y dormiría hasta que no pudiera más.

Bajó por las escaleras y cuando llegó al vestíbulo principal se encontró con el doctor Robert Mills, el jefe de Urgencias con el que se estaba acostando Carol, le hizo una venia y él le guiñó un ojo. Era un ligón, se creía el rey del mambo, solía tirarse a todo lo que se meneaba, y a ella eso solo le producía repulsión, así que se desvió un metro y evitó hablar con él, salió corriendo a la calle y levantó la mano para pillar un taxi.

Se subió al coche y mandó un mensaje a Mary avisándole de que ya iba camino de su oficina, que la esperaba en la calle porque no le apetecía nada subir a su despacho, y por una milésima de segundo pensó en Ewan, que igual iría a comer con ellas, y por asociación se acordó de su hermano pequeño, Kyle MacIntyre, al que no quería volver a ver ni en pintura.

Maldita sea, mascullo, asimilando que por lógica tendría que volver a verlo, porque ahora eran familia, y la cosa la fastidiaba bastante.

Hacía dos meses se lo había encontrado en ese avión privado camino de Sydney, camino de la boda de sus respectivos hermanos, y aún le daban escalofríos por todo el cuerpo. Había sido un chasco gigantesco verlo y que él ni siquiera se acordara de ella, cuando ella, hacía doce años, se había pasado llorando meses y meses por su culpa.

Tenía veinte años cuando lo había conocido en un famoso *beach club* de Ibiza a la que la había invitado el padre de una amiga. Ese señor, que era un español muy enrollado, también era socio del club y había llevado a su hija y a sus amigas a ese sitio carísimo y súper exclusivo del que un escocés brutalmente guapo era el gerente.

Mac le había dicho que se llamaba, nada más, y le había tirado los tejos a los cinco minutos de conocerla y se habían ido a su casa esa misma noche y se había acostado con él como una salvaje, porque la había vuelto literalmen-

te loca de lujuria, y así habían seguido una semana entera, sin separarse, hasta el fin de semana siguiente, cuando al llegar al *beach club* se lo había encontrado acaramelado y super feliz junto a una mujer espectacular que le había presentado como su novia.

Sin drama, ni problema alguno, como si no pasara absolutamente nada, le había presentado a la chica como su prometida y ella la había tenido que saludar como una persona civilizada antes de salir corriendo de allí, hecha polvo.

Nunca más había vuelto a saber nada de él. Nunca la había llamado para darle una explicación o simplemente para despedirse, a pesar de haber pasado una semana increíble juntos. Jamás había conocido su nombre completo y, aunque no tenía culpa de que ella se hubiese enamorado de él como una idiota, nunca le perdonaría el desapego, la falta de sensibilidad o empatía, teniendo en cuenta que por aquel entonces no era más que una cría de veinte años sin ninguna experiencia.

A los pocos días de desatarse el drama una de sus amigas se había enterado de que la prometida, Miranda Craig, era una modelo escocesa muy famosa con la que Mac llevaba saliendo desde el instituto, y ya no había querido saber nada más. Esa misma noche había vuelto a Londres, a la universidad y a la vida de locos de una estudiante de medicina y, aunque se había pasado como dos años llorando como una magdalena por él, había conseguido enterrarlo en el fondo de su corazón roto, sin llegar a imaginar ni en sueños que acabaría reapareciendo en su vida a través de su hermana y su flamante marido, el encantador Ewan MacIntyre, al que jamás habría podido relacionar con el famoso Mac de Ibiza.

Hasta esa mañana en Edimburgo, cuando había aparecido en el avión de MacIntyre Enterprise, no había sabido quién era, porque Mary nunca le había enseñado fotos de la familia de Ewan, y nunca habían coincidido en ninguna parte, así que la sorpresa había sido mayúscula, devastadora y muy dolorosa, porque comprobar que el tío con el que

habías perdido la virginidad ni siquiera era capaz de reconocerte era... lamentable.

—¡Hola! —Mary le tocó la espalda y ella dio un respingo—. Vamos, tengo reserva en ese japonés que te gusta tanto.

—Genial. Estás guapísima —se le agarró del brazo y caminaron juntas por las preciosas calles de Mayfair directas a su restaurante favorito—. Al fin se te empieza a notar la tri-pita.

—Sí, un poquito, pero ya era hora. ¿Qué tal todo?, ¿has hablado con mamá?

—Ayer, me dijo que querían ir a ver a Harry a Eton un jueves por la tarde, porque se habían enterado de que podía salir a merendar o a cenar con ellos, pero que no sabían qué opinarías tú.

—Que me llame papá y lo gestiono. Tengo que firmar una autorización, ¿o se la piensa pedir a George?

—Dice que George, desde que está con su nueva mujer, no les ha vuelto a coger el teléfono.

—Al fin se está dando cuenta de la clase de persona que es su exyerno querido.

—Ya, pero ni caso. Le diré a papá que te llame.

—Vale. Hola, Clare —saludó a la recepcionista del restaurante y ella las llevó hasta una mesa junto a un ventanal enorme—. Muchas gracias.

—¿Hoy no viene el señor MacIntyre?

—No, está en Cambridge trabajando.

—Muy bien, les traeré algo de beber.

—Agua, por favor —Mary esperó a que se marchara y la miró a los ojos acariciándole el brazo—. ¿Qué tal va todo?, tienes pinta de estar agotada.

—Salgo de un turno de veinticuatro horas, pero estoy bien, tengo tres días libres a partir de ahora.

—Bueno, a ver si logras descansar.

—Eso espero. ¿Qué hace Ewan en Cambridge?

—Una reunión en la facultad de matemáticas, está con una investigación que lo tiene entusiasmado. Ya sabes cómo es.

—Pero ¿viene hoy o duermes sola?

—Viene esta noche, mañana recogemos a Harry y nos subimos a Edimburgo, es el cumpleaños de su madre.

—Qué bien.

—Sí, le han organizado una cena en el Scotsman Hotel, que le hace mucha ilusión. Yo aprovecharé de ver algunas cosas de la fundación de los Harris y...

—Tú tampoco sabes descansar, hermana.

—Eso es verdad, y quiero dejar todo bien atado antes del parto.

—Aún te quedan cuatro meses.

—Pasan volando y Ewan dice que no va a ocuparse de la empresa, que no lo hará ni por mí porque también es su baja paternal, y tiene razón.

—¿Quién se queda al mando?

—Mi subdirectora se arregla bastante bien con Iris, y el resto del equipo funciona perfectamente, pero MacIntyre Enterprise sigue siendo enorme y tendremos que estar encima, aunque sea desde casa. En un mundo perfecto contrataría a Inés para que viniera a hacerse cargo de todo.

—No creo que Duncan lo permitiera.

—No y tiene mucho trabajo con la fundación y sus gemelos, así que es imposible. Hemos pensado en pedirle ayuda a Kyle.

—¿Kyle?, ¿qué Kyle?

—Mi cuñado, es muy buen gestor y es de la familia... ¿qué? —la miró muy atenta y Anne bajó los ojos para tomar un sorbo de agua.

—Nada, yo no tengo ni idea, si no me ofrecería para ayudarte.

—¿Tienes algo contra Kyle?

—¿Por qué?

—Eres transparente, Anne, se te ve en la cara.

—No me cae bien.

—¿Por qué?

—Muy pagado de sí mismo, no me gusta la gente así.

—¿Kyle pagado de sí mismo?

—Desgraciadamente no se parece en nada a tu marido, Mary, son la noche y el día.

—Vaya, pues Kyle siempre me ha parecido un encanto y es un tipo muy inteligente, muy preparado...

—¿Preparado?, ¿ha hecho algo más que trabajar en clubs nocturnos y discotecas?

—Es licenciado en administración de empresas por la Universidad de Edimburgo, y lleva desde los dieciocho gestionando negocios.

—Si tú lo dices.

—¿Qué te pasa con él?

—Nada.

—¿En serio?

—En serio. Yo solo digo que no me cae bien, nada más. ¿Quieres compartir un suflé de chocolate?, hay que encargarlo ya para que lo hagan mientras comemos.

2

—Somos un equipo, Kyle y se trata de ayudar a Mary y a Ewan. Yo estaré ojo avizor, tú tranquilo.

—Bueno, Cindy está perfectamente preparada, no te dará mucho la lata.

—Claro, si seguro que se arreglan muy bien solos.

Inés, la mujer de Duncan Harris, que era una belleza de esas deslumbrantes que solía impresionar a todo el mundo, se levantó del sofá de un salto y miró a su marido con los ojos muy abiertos.

—Cariño, ¿nos vamos?, si nos damos prisa aún podemos pasar por el parque.

—Estoy completamente de acuerdo con que vayas a Londres a trabajar para MacIntyre Enterprise —susurró Duncan poniéndose también de pie—. Es lo que toca ahora para que Ewan y Mary disfruten de su hijo y estén más tranquilos, pero si decides quedarte con ellos búscame un nuevo gerente que esté a tu altura, no quiero que Inés se involucre en el club más allá de lo estrictamente necesario. Ya bastante tiene con la fundación.

—No es mi intención quedarme en Londres, pero no te preocupes, si llega a pasar, Cindy se queda al mando y Douglas Lambert será su segundo. Ambos lo pueden llevar perfectamente.

—Todo claro, pues. Enanos, ¿queréis ir al parque? —se dirigió a sus gemelos, que estaban en el suelo jugando con unos cochecitos y los dos lo ignoraron—. ¿Niños?

—Iain y Duncan, vamos, que Jamie, Charlotte y Thomas ya están en el parque... —les dijo su madre y los dos, que tenían un año y medio, se pusieron de pie agarrándose al sofá—. Decid adiós al tío Kyle.

—Adiós, tío Kyle.

—Adiós, chicos.

Le dieron la mano a Inés y Duncan se quedó observándolos con mucha atención mientras abandonaban el despacho. Se le caía la baba con sus niños, y no los perdió de vista hasta que Inés los sacó al salón principal del club, que estaba vacío a esas horas de la tarde.

—Están muy mayores, Duncan, y guapísimos.

—Ya, crecen demasiado rápido. Bueno, tío —se acercó para darle un abrazo—. Me alegro mucho de que vayas a ayudar a tu hermano, este es su momento y hay que apoyarlo en todo lo que podamos.

—Lo sé.

—Tú despreocúpate del local, nos arreglaremos bien.

—Gracias.

—Adiós y saluda a tus padres de mi parte.

—Claro, hasta luego.

Lo siguió unos pasos, observando cómo se despedía de lejos del personal, que se volvían locos cada vez que lo veían aparecer por allí, y luego regresó al despacho decidido a acabar lo que tenía pendiente.

Trabajar para una estrella del rock mundialmente famosa, que además era el mejor amigo de tu hermano, te habías criado con él y siempre te iba a mirar como al hermanito pequeño de su colega, era complicado, siempre había resultado ser una carga extra en su trabajo, pero, afortunadamente, había aprendido a gestionarla.

Había aprendido a superar las miradas de la gente que lo veía como un “enchufado”, a Duncan tratándolo a veces con condescendencia, a Ewan presionándolo para que no se despistara ni un segundo de sus responsabilidades, y al final, seis años después de empezar a trabajar con él, de ayudar a convertir su club nocturno en el más famoso de Escocia, había conseguido el equilibrio, estaba feliz, pero lo iba a dejar todo aparcado para mudarse a Londres. Una ciudad que no siempre era agradable, y donde se haría cargo de la dirección general de la empresa de su hermano, MacIntyre Enterprise, que era un emporio de inversiones internacional que había construido Ewan desde los cimientos, aunque hacía dos años lo había dejado en manos de Mary,